sí pues espíritus no deben tener deseos de conocer mis principios, pues si lo que quieren es saber hablar de todas las cosas y adquirir reputación de doctos, más fácilmente lo conseguirán contentándose con lo verosímil, que sin gran trabajo puede hallarse en todo género de asunto, que buscando la verdad que no se descubre sino poco a poco en algunas materias y que, cuando llega la ocasión de hablar de otros temas, nos obliga a confesar francamente que los ignoramos. Pero si estiman que un poco de verdad es preferible a la vanidad de parecer saber lo todo -como, sin duda, es efectivamente preferible-, y si lo que quieren es proseguir un intento semejante al mío, no necesitan para ello que les diga más de lo que ya he dicho en este discurso; pues si son capaces de pasar más allá de donde yo he ido, lo serán también, con mayor motivo, de hallar por sí mismos todo cuanto creo haber hallado, sin contar con que, habiendo yo seguido siempre mis investigaciones ordenadamente, es cierto que lo que me falta por descubrir es de suyo más difícil y oculto que lo que he podido hallar hasta ahora y, por tanto, mucho menos gusto hallarían en saberlo por sí mismos. Además, el hábito que de esta manera adquirirían buscando primero las cosas fáciles y pasando poco a poco a otras más difíciles, les serviría más que todas mis instrucciones. Por eso estoy persuadido de que, si en mi juventud me hubieran enseñado todas las verdades cuyas demostraciones he buscado después y no me hubiese costado trabajo alguno el aprenderlas, quizá no supiera hoy ninguna otra cosa, o por lo menos nunca hubiera adquirido la costumbre y facilidad que creo tener de encontrar siempre otras nuevas a medida que me aplico a buscarlas. En una palabra, si hay en el mundo una obra que nadie puede concluir tan bien como el mismo que le empezó es aquella en que trabajo.

Cierto es que un hombre sólo no podría hacer todas las experiencias que pueden servir para mi objeto, pero tampoco podría emplear útilmente manos ajenas, como no sean las de artesanos o u otras gentes a quienes pudiera pagar y a quienes la esperanza del precio, que es un medio muy eficaz, obligaría a hacer exactamente lo que les prescribiera. Los que voluntariamente, por curiosidad o deseo de aprender, se ofrecieran a ayudarlo, aparte de que, por lo común, prometen más de lo que cumplen y hacen bellas proposiciones que nunca tienen resultado, querrían seguramente recibir, en pago algunas explicaciones de ciertas dificultades, o por lo menos obtener halagos y conversaciones inútiles, que por poco tiempo que les ocuparan representarían, al fin y al cabo, una pérdida. Y en cuanto

a las experiencias que hayan hecho ya los demás, aun cuando se las quisieran comunicar -cosa que no harán nunca los que las califican de secretos-, se componen en su mayor parte de tantas circunstancias e ingredientes superfluos, que le sería muy difícil descifrar lo que haya en ellas de verdad; y, además, las hallaría casi todas tan mal explicadas, y acaso tan falsas -por haber sus autores procurado que aparezcan conformes con sus principios-, que de haber algunas que les sirviesen no valdrían el tiempo que se invirtiera en escogerlas. De suerte que si en el mundo hubiese un hombre de quien se supiera con seguridad que es capaz de descubrir las mayores cosas y las más útiles para el público, y, por este motivo, los demás hombres se esforzasen por todos los medios en ayudarle a realizar sus propósitos, no veo que pudiesen hacer con él nada más sino contribuír a sufragar los gastos de las experiencias que necesitara e impedir que nadie le hiciera perder el tiempo con importunidades. Mas sin contar con que no soy tan presumido que vaya a prometer cosas extraordinarias, ni abrigo el vano pensamiento de imaginar que deba el público interesarse mucho con mis propósitos, no tengo tampoco tan rebajada el alma como para aceptar de nadie un favor que pudiera creerse que no he merecido.

Todas estas consideraciones juntas fueron la causa de que no quisiese, hace tres años, divulgar el tratado que tenía entre manos, y que resolviese no publicar durante mi vida ningún otro de índole tan general ni por el cual se pudieran entender los fundamentos de mi física. Pero ha habido después otras dos razones que me han obligado a insertar aquí algunos ensayos particulares y dar al público cuenta de mis acciones y designios. La primera es que de no hacerlo muchos que conocen mi intención anterior de hacer imprimir algunos escritos podrían figurarse que las causas de que me abstuviera de publicarlos fueran más desfavorables para mí de lo que realmente son; porque aunque no amo excesivamente la gloria y hasta me atrevo a decir que la odio, por considerarla contraria a la tranquilidad, que estimo sobre todas las cosas, tampoco he tratado nunca de ocultar mis acciones como si fueran delitos ni he usado de muchas precauciones para permanecer desconocido, tanto porque hubiera creído perjudicarme como porque esto me hubiera dado cierta especie de inquietud que sería contraria a la tranquilidad de espíritu que busco. Y como, siéndome indiferente ser conocido o no, no he podido impedir que haya adquirido alguna reputación, he pensado que debía hacer todo lo que pudiera para evitar al menos que tal reputación fuera mala. La otra razón que me ha

obligado a escribir esto es que, viendo aumentar cada día el retraso que sufre mi intento de instruírme debido a una infinidad de experiencias que me son necesarias, y que me es imposible ho hacer sin ayuda de otro, aunque no me halaga la esperanza de que el público tome gran parte en las cosas que me interesan tampoco quiero abandonarme de tal modo que dé motivo a los que que me sobrevivan para reprocharme alguna vez que hubiera podido dejarles muchas cosas mejores de las que les he dejado, si no me hubiera descuidadoa tanto en darles a conocer en qué forma podían contribuír a mis propósitos.

He pensado que me era fácil escoger algunas materias que, sin dar lugar a muchas controversias ni obligarme a declarar mis principios más de lo que quiero, fueron suficientes para mostrar con claridad lo que puedo o no puedo hacer en las ciencias. No sé si habré acertado, ni quiero prevenir el juicio de nadie hablando yo mismo de mis escritos, pero celebraré que se los examine, y para que haya muchas ocasiones de ello suplico a los que tengan que hacerme objeciones que se tomen la molestia de enviárselas a mi librero, para que me las transmita, y yo trataré de unir a ellas mi respuesta. De este modo, viendo los lectores ambas cosas juntas, podrán juzgar mejor de su verdad, pues no prometo dar respuestas largas, sino tan solo confesar con franqueza mis faltas si es que las encuentro; o bien decir simplemente lo que crea necesario para defender las cosas que he escrito, sin añadir la explicación de ninguna materia nueva y evitando así el pasar sin fin de una en otra.

Si algunas cosas de las que hablo al comienzo de la Dióptrica y de los Meteoros resultan chocantes a primera vista, debido a que las llamo suposiciones y parece que no tengo ganas de probarlas, téngase la paciencia de leer la totalidad con atención y espero que se quedará con ello satisfecho; pues me parece que las razones se enlazan en una sucesión tal, que así como las últimas son demostradas por las primeras, que so son sus causas, éstas lo son recíprocamente por aquéllas, que son sus efectos. Y no hay que imaginar que por ello cometo la falta que los lógicos llaman círculo vicioso, porque al mostrar la experiencia que la mayor parte de estos efectos son muy ciertos, las causas de que los deduzco sirven más para explicar los que para probarlos, y, en cambio, dichas causas quedan probadas por tales efectos. Las he llamado suposiciones únicamente para que se sepa que creo poder deducirlas de aquellas primeras verdades que antes expliqué, pero que no he querido h hacerlo expresamente para impedir que ciertos espíritus -que se imaginan saber en un día todo lo que otro ha pensado en veinte

años, solamente con que se les diga dos o tres palabras acerca de ello, y que están tanto más expuestos a errar y son menos capaces de hallar la verdad cuanto más penetrantes y vivos son-, aprovechen la ocasión para construír alguna filosofía extravagante fundada en lo que creen ser mis principios, y luego se me eche la culpa. Porque yo no defiendo como nuevas las opiniones que me son propias, pues si se consideran atentamente las razones en que se fundan se las hallará tan sencillas y conformes al sentido común que parecerán menos extraordinarias y extrañas que otras que sobre los mismos asuntos puede haber. Y no me vanaglorio tampoco de ser el inventor de ninguna, sino más bien afirmo que jamás las he aceptado ni porque otros las hubieran dicho ni porque sean nuevas, sino porque la razón me ha persuadido de su verdad.

Si los artesanos no pueden ejecutar en seguida la invención que se explica en la Dióptrica, no creo que por esto se pueda decir que es mala, pues necesitándose destreza y práctica para hacer y ajustarlas máquinas que he descrito, sin que falte ningún requisito, si desde el primer momento las manejaran bien, me sorprendería tanto como si alguien aprendiera en un día a tocar el laúd a la perfección, sólo porque le hubieran dado un buen pentagrama. Y si escribo en francés, que es la lengua de mi país, no en latín, que es la de mis preceptores, se debe a que espero que los que me sirven únicamente de su pura razón natural juzgarán mejor de mis opiniones que los que solo creen en los libros antiguos: y en cuanto a los que unen al buen sentido el estudio, únicos a quienes deseo por jueces, no serán seguramente tan parciales en favor del latín que se niguen a oír mis razones porque las expongo en lengua vulgar.

Por lo demás, no quiero ocuparme aquí en particular de los progresos que espero hacer en el porvenir en las ciencias, h ni hacer promesas al público que no esté seguro de cumplir. Diré tan sólo que he resuelto dedicar el tiempo que me queda de vida a tratar de adquirir algún conocimiento de la naturaleza, tal que puedan deducirse de él algunas reglas aplicables a la medicina, más seguras que las que existen hasta el presente; y que mi inclinación me aparta de tal modo de otros intentos -principalmente de aquellos que para ser útiles a los unos han de perjudicar a los otros- que si alguna circunstancia me obligara a preocuparme de ellos creo que no sería capaz de conseguir un buen resultado. Sé bien que esta declaración que aquí hago no ha de servir para darme importancia en el mundo, pero tampoco deseo tenerla, pues más obligado me consideraré con aquellas personas que me permitan gozar de mi ocio sin obstáculos, que con los que me ofrezcan los empleos más honrosos de la tierra.